

Causa Perdida

Cuando me recibí pensé que iba a convertirme en un abogado famoso al estilo de Al Pacino en “Justicia para todos”, o Ned Eisenberg en “la ley y el orden” o mejor aún en Billy Bob Thornton en “Goliat”, pero la vida me puso más cerca de "Jimmy" Morgan McGill en “Better Call Saul”, un “busca” que tiene que recurrir a los recovecos que tiene el código penal para poder llevar el pan a su casa. Los sueños y los ideales no siempre van de la mano de lo que la vida nos pone delante, los obstáculos o el mismo destino hace que vayamos abriéndonos camino a machetazos haciendo que las cosas sean de algún modo posibles. Siempre atento a las enseñanzas de mi difunto padre recordé su frase de cabecera: “No importa el cómo, pero siempre, siempre para adelante, aunque estemos al borde de la cornisa, aunque te choques contra una pared, aunque te metas en la boca del lobo, siempre, siempre para adelante”.

A pesar de ya tener quince años de profesión y tener presente los consejos de papá, nunca tuve un caso de esos emblemáticos, de esos en el que hacés la diferencia o al menos aparecés en los medios y te hacés famoso.

Rosaura Gómez me vino a ver al estudio en estado de shock. Ella era una mujer joven a pesar de su apariencia que le sumaba por lo menos treinta años. Su ropa antigua, su pelo descuidado y su rostro sin un mínimo detalle de maquillaje me hicieron creer que la razón por la cual me venía a ver no iba a generarme ningún rédito. Sus arrugas marcaban a las claras que había tenido una vida llena de sufrimientos, lo que validé muy rápidamente cuando logré que tomara asiento y me contara el motivo de su visita.

Rosaura contrajo matrimonio obligada con Edmundo Sosa ahí cerca de los noventa precisamente en los primeros años del gobierno de Menem. Ella era solo una piba de dieciséis años y Edmundo un empresario influyente de la provincia de La Rioja. El padre de Rosaura había tenido algunos

problemas económicos con Edmundo y ella fue la moneda de cambio para saldar su deuda. Esas cosas suelen pasar en algunos pueblitos de interior, pensar en darle un futuro mejor a los hijos a veces tienen la intención de poder acomodarlos como sea con alguien poderoso aunque este sea el portero de las puertas del infierno. De más está decir, y como ustedes se podrán imaginar Edmundo era un mujeriego, borracho, drogón y que además la cagaba a palos a la pobre Rosaura cada vez que un higo maduro se caía de la higuera. Saco el tema de la higuera ya que en la casa que tenían en el pueblo, de acuerdo a parte de su relato, tenían una higuera que con su follaje cubría en su totalidad a un gallinero que les suministraba huevos frescos y algún pollo para la parrilla en los fines de semana.

Rosaura, que no era ni cerca el personaje misterioso de Marco Denevi, no escribía cartas de amor ya que a los sumo podía escribir su nombre en imprenta. Ella abrió su bolso hecho con tiras de plástico de bolsas recicladas de sachet de leche, sacó una pila de fotos y las esparció sobre mi escritorio, para apoyarse en la historia que me venía a contar de una manera gráfica y cronológica, para que yo pudiera entender en detalle todo lo que ella estaba sufriendo y que me conmoviera al momento de decirle cuáles serían mis honorarios.

Había tenido tres hijos, con los que el éxito nunca fue una palabra que existiera en su diccionario, como era evidente, sin necesidad de que yo les describa muchos detalles. Al mayor, llamado Atilio, lo habían baleado en un encuentro con la policía cuando el dueño de ese supermercado chino tocó el botón de alarma al tiempo exacto necesario para que no terminara de hacerse con toda la recaudación de cada una de las cajas. El loco amenazaba a todos los clientes y tiró varios tiros al aire. El pibe que le hacía de campana no llegó a avisarle y quedó solo como un chorlito con una bolsa de nylon llena de guita en una mano y el revólver apuntándose a la base de la mandíbula. Nunca se supo bien si se había suicidado o lo habían ametrallado sin piedad.

El juego de hacerse el propio rehén, creyendo que algún vecino pudiese estar filmando con su celular no le sirvió y así fue, del mismo modo que la vida no le había dado opción, la policía tampoco le tuvo compasión.

El más chico, Ramón Sosa, no se puede decir que le trajó problemas a Rosaura, Ramón era un paquete de problemas con moño. En el parto había sufrido unas complicaciones y toda su vida estuvo postrado en una silla de ruedas, la única forma que tenía de comunicarse era por escrito. Sin ser médico puedo decir que el chico sufría de una enfermedad muy parecida a la de ese científico inglés que se llama Stephen Hawking, la verdad que no se si era la misma o quizás algo peor, lo puedo decir solamente desde lo que había podido ver en una de las fotografías familiares que ella había arrastrado para ponerla frente a mis narices. Al parecer el chico se hacía entender con una serie de jeroglíficos que solamente Rosaura y sus hermanos comprendían. Si tenía hambre dibujaba un semicírculo como una letra U abierta, que en teoría significaba una boca, si quería que lo sacaran a la calle a dar una vuelta trazaba dos líneas paralelas, si estaba triste dibujaba el mismo semicírculo pero de forma inversa con los extremos mirando para abajo, pero no tenía ningún dibujo que representara que estaba alegre, ya que la alegría jamás había atravesado las puertas de ese hogar. Y el tercero, Lucio Sosa, era la razón real de la visita, el tercero de apenas dieciocho años recién cumplidos había acuchillado a su padre Edmundo, que por esos tiempos estaba conviviendo en un departamento a todo culo con una pendeja que apenas era unos meses mayor que Lucio. Edmundo había ido a la casa de Rosaura supuestamente a partir de los insistentes reclamos para que le pasara la mensualidad. Todo el mundo sabía que Edmundo estaba forrado en plata, pero... mágicamente y de un día para otro, su cuenta bancaria estaba en rojo, sus empresas habían entrado en proceso de convocatoria de acreedores y se hacía ver por el pueblo en un cacharro de cuatro ruedas oxidado que mucho

tenía de opuesto al brillante convertible BMW con el que se paseaba con su novieca hacía solo un par de meses.

Parecía que la desgracia le había caído del cielo como un piano de mudanza al esposo de Rosaura, pero ella a pesar de su limitada educación lo conocía muy bien, conocía sus artilugios, sus trampas, estaba convencida de que era una maniobra para dejar un tendal de personas en fila esperando cobrar deudas, salarios y demás yerbas. En esa larga fila, estaba ella y sus dos hijos vivos mendigando algo de dinero para subsistir. Pero él se había declarado insolvente y ahora estaba completamente muerto, bien muerto, con una merecida muerte, haciéndole pito catalán desde el infierno a todos los mortales. Conclusión, debía defender una causa perdida a una mujer que solo podía pagar mis servicios con un par de kilos de higos de su higuera o con algunos maples de huevos de su gallinero.

“Me tenés que ayudar por el amor de dios” me dijo mientras yo miraba la cuenta de la luz que hacía dos meses había dejado de pagar sobre mi escritorio. Ella recogió las fotos y me suplicó, por poco se pone de rodillas y me besa los pies. Lo que me conmovió fue cuando, con sus dos manos entrelazadas, me dijo que no tenía a nadie en este mundo que pudiera defenderla, que entendía que era una causa perdida pero que yo tenía la obligación moral de representarla y que dios me iba a ayudar en la vida.

Y me aflojé, si me aflojé y no sé por qué le dije que sí, no sé si fue lástima u otro sentimiento más repugnante, porque para mí tener lástima no es un sentimiento que se pueda ubicar en la columna de los sentimientos positivos, buenos, que hablan bien de uno, lástima es un sentimiento despreciable tan parecido al asco que me da vergüenza hasta pronunciarlo. Entiendo que la lástima puede tener otras acepciones, que puede no tener tan mala prensa, pero yo me niego absolutamente a repetir que le brindé mis servicios por lástima.

Tomé nota de donde estaba detenido Lucio, el asesino de su esposo para decirlo mal y pronto, como también la dirección donde Edmundo vivía con la chiquilina, si había plata donde cobrarme ella debía saberlo.

Primero lo primero y así fue como esa misma tarde calurosa como pocas me fui directo al edificio premium de la zona residencial. Toqué el portero eléctrico y una vocecita diminuta me preguntó quién era. Era difícil decir que era el abogado responsable de defender a la persona que le había clavado cinco puñaladas en el abdomen de su novio, o esposo, o proveedor o como quisiera denominarlo, pero de todas las maneras en las que se defina su relación, era la persona con la que ella vivía y por lo que se veía en los mármoles y los bronces de la entrada del edificio, vivía mucho más que bien.

La piba era bellísima, más bella si la comparaba con Rosaura. Ella estaba de punta en blanco, con un vestido largo ajustado brillante que marcaban las curvas de su cuerpo que mostraba a las claras todo el arsenal estético que la ciencia puede ofrecer y la chequera de Edmundo pudo invertir. Me hizo pasar el living y me ofreció café al que no me pude negar, mi situación económica me había obligado a dejar de ir al bar de la esquina para tomar ese expreso que tanto me gustaba. No la interrogué como abogado, ni siquiera como un investigador, quise ganarme su confianza y traté de preguntarle amablemente, como amigo, si sabía si el interfector tenía algún testaferro o tal vez tuviese alguna cuenta en el exterior donde ella tuviera acceso. La mocosa estaba más que asustada y no era para menos, fruncí mi ceño y muy seriamente le pregunté desde cuando conocía a Edmundo y me respondió con un gesto de mimética que me indicaba que lo de ellos era algo muy reciente. Pude advertir que le temblaba la mano y de pronto sacó un pañuelo para sonarse la nariz y de paso secar las primeras lágrimas que caían de sus hermosos ojos. Ahí me asusté yo, no estaba bueno para la causa que la piba diga que la había ido a apretar y se pudriera todo. Mirando al departamento y el lujo asiático que chorreaba de cada rincón con

un cierto aire ordinario, sonréí y como quien no quiere la cosa arremetí con la pregunta del millón: Cuánto tiempo hacía que convivían en ese lugar, a lo que me respondió que no más de tres meses. Antes estaba segura que él vivía en su casa y sus encuentros era en un hotel alojamiento del centro que por la forma que los trataban los empleados que trabajaban ahí ella suponía que su pareja podía ser dueño o al menos accionista. Le pregunté si sabía que Edmundo era casado a lo que asintió sin dudarlo, completando su relato con que él le había prometido que se divorciaría en cuanto resolviera unos temitas económicos que tenía pendientes. No me atreví a preguntarle si sabía cuánto había salido el departamento eso podía averiguarlo en el registro de la propiedad revisando las escrituras que probablemente estarían subvaluadas. Pero mi preocupación apuntaba a otra cuestión. Con el poco tiempo que la chica mantuvo una relación con el difunto no tenía derecho sobre esa propiedad y que sin ser martillero inmobiliario podía deducir que el bulo le había salido varios cientos de miles de dólares. Rosaura y su hijo enfermo tenían derechos absolutos y era fácilmente demostrable. Me despedí y le dejé mi tarjeta por cualquier cosa que considerara importante para compartir conmigo.

Salí inflado como un gato de angora del ascensor, sabía que si lograba liquidar esa propiedad Rosaura tendría un buen pasar por un tiempo y yo cobraría el veinte por ciento que para mí era una fortuna y sería la primera plata grande que hubiese cobrado desde que me había iniciado con esta profesión.

A la mañana siguiente entré a la página del registro del inmueble para ver el detalle de la inscripción de la compra, cual había sido el monto declarado, quien era el vendedor y quien el comprador, quien había sido el escribano y datos que sin duda serían de mucha importancia para la causa. Para mi sorpresa la propiedad había sido adquirida por un tal Facundo Montoya hacía como cinco años que era el tiempo exacto en el que la

empresa desarrolladora había terminado la construcción del edificio. Mis sospechas ahora se bifurcaban en dos caminos, o que Montoya era testaferro de Sosa o en el peor de los casos Montoya le había alquilado el bulo a los dos tortolitos. Yo le había prometido a Rosaura que esa semana iría a ver a Lucio para prepararlo para su indagatoria, yo sabía que el pibe estaba hasta las manos, pero como siempre en la Argentina uno puede encontrar algún recoveco donde desviar la mirada de la justicia para al menos reducir la condena a ocho años alegando emoción violenta, y entre los años de espera del veredicto del jurado y que vaya definitivamente preso, fundamentando que el chico era el único sostén de familia, aconsejándolo a que se ponga a estudiar horticultura y teniendo buena conducta en la cárcel quizás en tres o cuatro años ya lo teníamos afuera, lo que obviamente era un gran logro para mí como abogado, pero la guita? Donde estaba la guita?

Eso era lo que debía resolver ya que si seguía laburando por lástima en poco tiempo la sociedad iba a tener lástima por mí. Me comía las uñas de solo pensar que el único capital que tenía declarado en esta tierra el muerto de Sosa era el rancho donde le había arruinado la vida a Rosaura y a sus tres hijos. No aguanté y esa misma tarde busqué donde podía vivir Facundo Montoya. Entre los contactos que tenemos los abogados, de esos que no podemos poner en evidencia para no ponerlos en riesgo ni tampoco que nos pierdan la confianza, entre esos contactos que siempre son grandes informantes en oportunidades como esta, conseguí el teléfono de Montoya, la edad, su dirección, sus gustos sexuales, los restaurantes que frecuentaba y hasta la marca de vino que tomaba. No perdí un minuto y fui a su encuentro. Lo encontré a la salida de un sauna al que solo van algunos putos cajetillas y me le enfrenté. El tipo no entendía nada y lo amenacé con que debía colaborar con la justicia o tendría que atenerse a las consecuencia. El tipo me miraba aterrado y cruzando sus dedos ante sus labios una y otra vez me dijo que me decía la verdad que solo había visto a Edmundo en la

inmobiliaria donde firmaron el contrato de alquiler hacía solo tres meses y como no tenía garantes le había pagado todo el año en efectivo.

Ahí concluí que el difunto tenía la guita encanutada en alguna parte y que ni Rosaura, ni la novia, ni los hijos sabían dónde la había guardado. Podía estar en una caja de seguridad, en un sótano o en un banco las islas Vírgenes. Desilusionado, llamé a Rosaura para acompañarla a ver su hijo a la cárcel y de paso tener unos minutos para poder conversar con el muchacho, quizás él, el asesino de su viejo, tenía alguna pista donde podía estar el dinero con el que Edmundo y su novia se mantenían y muy bien.

Al llegar a la casa, Rosaura salió mucho más arreglada, al menos se notaba que se había puesto los ruleros, el sonido del televisor se escuchaba desde la calle. Ella bajó la cabeza, cerró la puerta con llave, controló que estuviese bien cerrada y se acercó al auto. Ya en viaje, me di cuenta de que entre sus dedos estaban enroscadas las cuentas de un rosario de madera. Ella rezaba para adentro, sin mirarme, estaba pidiendo por alguien, o tal vez por algo, seguramente por la libertad de su hijo al que yo debía defender cueste lo que cueste, pero como yo no creo en milagros solo me quedaba juntarme con el chico y armarle una historia creíble.

Cuando llegamos a la cárcel, le pedí al guardia que nos traiga al preso y antes de que entrara la madre le pedí que me dejara unos minutos a solas con él. El chico estaba confundido, era la primera vez que tenía enfrente a un abogado y no entendía que si bien él ya se había declarado culpable yo podía inventar algo para mitigar su pena. Le pedí detalles, a nivel de los más mínimos ya que de ahí podía sacar alguna información que me pudiese ser útil tanto para ayudar en reducir su condena como para descubrir donde tenía escondida la plata Edmundo.

Me contó que ese domingo, cuando su madre estaba en misa de once, como era habitual en ella, él había ido a dar una vuelta con los vagos del club donde jugaba al fútbol, como también era habitual en él, de pronto se armó

un picado con un grupo de pibes de un barrio vecino y volvió a la casa a cambiarse el jean y ponerse los cortos. Cuando abrió la puerta se encontró en la cocina al padre gritándole malas palabras, que por no ser grosero, no voy a repetir, a su hermanito Ramón que temblaba como una hoja acurrucado en su silla de ruedas. Él le ordenó que no lo insultara y que cumpla con sus obligaciones de padre, le recriminó que la estaban pasando muy mal mientras él se había borrado con una putita. El viejo se le fue al humo y como el destino a veces se configura de una manera tan particular que solo así podemos entender porque pasan ciertas cosas, es como que el mismo diablo escribe el libreto y pone a los personajes en el lugar indicado, preciso, para que lo peor suceda y así, como un castigo de divino, la culpa nos acompañe para siempre. La cuchilla que utilizaba su madre para descuartizar a los pollos no estaba en el cajón de los cubiertos como debería, sino sobre la mesada de la cocina, esperándolo, al alcance de su mano, cuando el viejo enfurecido le apretaba el cogote contra los azulejos blancos de la pared.

Le sugerí que no cambiara ni una palabra de su relato cuando tuviese que declarar, era obvio que había sido en defensa propia y eso me alcanzaba para pararme frente al tribunal y defenderlo con uñas y dientes. Esperé a Rosaura unos minutos, cuando salió estaba llorando, no tuve el coraje de abrazarla, me pareció que ella necesitaba desahogarse y yo guardar distancia para evitar que algún colega pudiera andar diciendo por los pasillos que yo era poco profesional.

Le abrí la puerta del auto como un caballero y volvimos a su casa. Ella me pidió que bajara, que tenía algo para darme. El sonido del televisor seguía a todo lo que da. Entramos y Ramón estaba a dos metros de la tele, dormido en su silla de ruedas como si sus oídos estuviesen tapados de cera. Ella apagó la tele y yo respiré. Me quedé un rato sorprendido observando el estado en que estaba el chico. Sus brazos raquílicos y su cuello tumbado contra su hombro izquierdo, su tórax que parecía un fuelle de un acordeón desinflado

me hicieron creer que estaba frente a un muñeco de trapo y no frente a un ser humano. Rosaura me ofreció unos mates que acepté. Me quité el saco y lo colgué en una de las sillas de mimbre. La cocina estaba limpia, más que limpia, la pobreza aún no les había robado el interés por la limpieza, siempre aseguré que la limpieza es el límite superior entre la pobreza y la indigencia. Sobre la mesa había unos útiles escolares y un block de hojas, pude ver los azulejos blancos resplandecientes y la mesada, pude imaginar la lucha entre Edmundo y su hijo, pude imaginar el cuchillo esperando ser usado a tan solo unos centímetros de la mano exasperada de Lucio, pude imaginar que estaba en el lugar exacto de la escena del crimen que debía defender, pude imaginar a un hombre tendido en el piso sobre el charco de su propia sangre, pude imaginar pero solo quería salir de ahí y volver a mi estudio para buscar un caso con el que pudiera pagar mis cuentas.

Rosaura arrastró como si corriera un objeto inanimado al chico con la silla de ruedas y lo acomodó frente a la mesa de madera a solo un metro de donde yo estaba sentado. Ella puso el agua a calentar, agarró una canastita y se fue para el fondo. Desde mi lugar, a través del vidrio de la ventana, pude verla abrir la puerta del gallinero hecha con bastidores de madera que se tambaleaba por el zamarreo que le ejercía mi clienta para destrabarla del piso de tierra. El chico cambió su postura rígida y comenzó a sacudirse espasmódicamente. Me miró asustado, parecía que le dolía la cara. Soy el abogado de tu hermano le dije y él solo levantó un poco los párpados con lo que asumí que me entendía. Con mucho esfuerzo tomó la birome como quien toma un cuchillo para clavarlo en el pecho de un enemigo y corrí mi silla un par de centímetros alejándome. Sobre una hoja que al parecer siempre estaba lista para responder a sus necesidades dibujó un rombo haciendo tanta presión que casi agujerea el papel. Cuando llegó Rosaura con su canasta llena de huevos gigantescos la pava ya estaba humeando. Trajo el mate y dos tarros con la yerba y el azúcar. Empezó a cebarme el primero de una larga

tanda. Mientras ella me contaba detalles de su suplicio con Edmundo Sosa, se me ocurrió interrumpirla y mostrarle el dibujo que el chico había hecho en la hoja. Le pregunté por el significado del símbolo y ella encogió los hombros y llevó su mano a la barbilla como pensando. No tenía idea, era un símbolo nuevo de algo que quería pedirnos en su limitado idioma el muchachito. Volví a mirar inconscientemente por la ventana y volví a ver el gallinero, pero esta vez con más atención. El alambre tejido que rodeaba al contorno que miraba hacia la casa era del tipo romboidal. Me levanté y le pedí a Rosaura que me acompañara, que el chico nos estaba diciendo algo y debíamos descubrirlo. Me apoyé en el tronco de la higuera mientras ella abría la puerta con la misma destreza con la que la había desatabado hacía solo un momento. Las gallinas se alborotaron. A mi derecha estaba el comedero y el lugar donde le ponían el agua. Pude contar más de quince ponedoras, unos cuantos pollos y un gallo que se molestó por mi presencia, tuve que asustarlo con un movimiento brusco de mi puño para que no me pegara un picotazo. En la parte posterior estaban todos los cajones con paja donde las gallinas se acomodaba para poner sus huevos, en la izquierda y ya dando contra la medianera del vecino había una pared hecha con unas chapas acanaladas, las misma que tenía el techo para proteger a los animales del frío y de la lluvia. Yo miraba para todos lados y no encontraba nada que me pudiera llamar la atención, solo el olor a mierda y a higos podridos que me perforaba las fosas nasales. De pronto caigo en la cuenta de que las chapas de la pared del vecino no estaban atornilladas, estaban montadas unas sobre otras y había un espacio que se formaba entre ellas de unos diez centímetros aproximadamente. Tomé mi celular y puse la función de linterna. Apunté hacia ese agujero que separaba a las chapas. Pude distinguir que algo dorado brillaba adentro a causa del reflejo de mi luz. Me animé y metí la mano, no pensé que alguna araña pudiese tener su cueva, si lo hubiera pensado quizás no me hubiese animado. Tuve que estirarme hasta la altura de mi bíceps,

pero me había encajado y mi brazo no podía alcanzar ese objeto, si seguía empujando iba a rasgar mi camisa. Miré el brazo de Rosaura que era mucho más delgado que el mío y le pedí que metiera la mano, que había un objeto en el fondo a ver si podía quitarlo. Ella no dudó y metió su brazo hasta el fondo y de a poco fue retirándolo, para sorpresa de ambos el objeto que brillaba ahí adentro era la cerradura de un maletín de cuero. Volvimos rápido a la cocina, el maletín tenía unas combinaciones de números para abrirlo, probamos unas cuantas pero mi ansiedad me obligó a pedirle un cuchillo, Rosaura me dio el mismo cuchillo con el que su hijo había matado a Edmundo Sosa. Rompí las cerraduras y gracias al cielo pudimos abrir el maletín.

Doce pilas de fajos de billete con la cara grande de Benjamín Franklin estaban prolíjamente acomodados en tocos de diez paquetes debidamente fajados con una cinta de papel sellada. Hice varias multiplicaciones en el aire y llegué a la conclusión que si esos billetes no eran falsos teníamos ante nosotros más de un millón de dólares. Concluí que el muerto había aprovechado la ausencia de Rosaura y su hijo sano para esconder en el mejor lugar del mundo su fortuna. Ahora lo único que me quedaba era sacar cuanto antes de la cárcel a Lucio, esperar el fallo de la corte y cobrar mi trabajo con creces. Ya no era una causa perdida. Cuánta razón tuvo Rosaura cuando me dijo que dios me iba a ayudar.

Le mostré mi puño con mi dedo pulgar hacia arriba al chico de la silla de rueda y él con un nuevo sacudón volvió a tomar su birome como un puñal y dibujó un semicírculo con los extremos hacia arriba como una letra U abierta. Era obvio que no tenía hambre ya había almorzado, esta vez no necesite que su madre me lo tradujera, no necesitaba ser muy inteligente para entender que quería decirnos que estaba tan feliz como yo en ese mismo instante.

